

Historia nacional y comparada

La única manera para evitar que los historiadores de hoy sean sorprendidos por los grandes virajes de la historia consiste en mantener un alto nivel de conciencia histórica y esto implica no permanecer aferrados a interpretaciones que si en otro tiempo mostraron su poder hoy pueden estar debilitadas. Sin subestimar el papel de *Annales*, es notorio que en las últimas décadas se ha replegado a una microhistoria muy discutible, además *Annales* tuvo la tendencia a subestimar la dimensión política de la historia en aras de la llamada historia de las *Mentalité*. Tampoco es plenamente satisfactoria la propuesta contraria, denominada revisionismo. Es necesario reivindicar una propuesta historiográfica basada en una nueva dimensión de la política, que no plantee una exclusión entre sociedad e individuo. En la última década del siglo XX y no únicamente para el caso europeo se hace necesario el estudio de las historias nacionales pero siempre en su contexto internacional, de ahí la importancia que adquiere aquella vieja propuesta de Marc Bloch de realizar historia comparada, sin duda difícil, problemática, costosa pero ineludible. Sin la historia comparada fatalmente se cae en actitudes provinsianas propias de las historias nacionales tradicionales. De esta manera se puede manejar correctamente el tema de las identidades nacionales, siempre tan problemático y el tema de las diversidades siempre tan productivo.

Palabras claves: Conciencia Histórica, Historia comparada, Identidad, Acontecimiento, Historia total, Microhistoria.

HISTORIA NACIONAL Y COMPARADA*

*John H. Elliott***

Traducción de Martha Pulido

Han pasado diez años, Sr. Vicerrector, desde que mi distinguido predecesor, sir Michael Howard, concluyó su conferencia inaugural con un tono sombrío. Advirtió que si los estadistas del mundo 'no dirigen sus asuntos con prudencia', él bien podría llegar a ser el último ocupante de esta cátedra. El hecho de estar aquí hoy como su sucesor puede por lo tanto ser una fuente de alivio para ustedes; aunque quizás en este momento resulte de menos alivio para mí. Lo que no es del todo claro es si en verdad, debemos atribuir de manera especial a la prudencia de nuestros estadistas el hecho de que mi predecesor no fuera, después de todo, el último de la línea de profesores *Regius* de Historia Moderna de esta Universidad que se remonta a 1724. De lo que no queda duda es de la contribución de mi predecesor a dicha prudencia. Generalmente los historiadores, al menos en este país, tienden más a pronunciarse sobre el pasado que a trazar directrices para el futuro. Michael Howard ha sido una excepción memorable a esta regla. Ejemplificando como pocos el ideal renacentista de la feliz conjunción de las armas y las letras, ha aportado elocuencia y sabiduría al debate público en asuntos de vida y muerte, y ha contribuido a darle una sana perspectiva histórica a los consejos de los políticos.

* Conferencia inaugural presentada en la Universidad de Oxford el 10 de mayo de 1991; fue publicada por Clarendon Press, Oxford en 1991. Agradecemos a Oxford University Press la autorización para traducir y publicar esta conferencia.

** Profesor *Regius* de Historia Moderna. N. del T.: *Regius*, es el título otorgado a muy pocos profesores en las viejas universidades inglesas fundadas por el rey Enrique VIII. Dicho título equivale a un grado más elevado que el de profesor titular entre nosotros.

Confío en que él no lo tome a mal si revelo un comentario que hizo en mis aposentos a principios de 1968 y que ilustra con agudeza las limitaciones, incluso aquellas de la inteligencia histórica más perspicaz. En un momento dado, durante lo que recuerdo como una animada discusión política, declaró: 'Dios no permitirá que Richard Nixon llegue a ser Presidente de los Estados Unidos'. Menos de nueve meses después de este magistral pronunciamiento, Dios lo permitió. Traigo a colación este pequeño episodio, no con el fin de confirmar lo que ya se sabe -que los futuros profesores *Regius* o aún los profesores titulares de Historia Moderna de esta Universidad (no estoy en situación de hablar por otras universidades) no tienen línea directa con la deidad-, sino para enfatizar algo sobre lo que me he visto obligado a reflexionar durante los dos últimos años, el desconcertante carácter imprevisible de los asuntos humanos.

Los grandes acontecimientos que transformaron el rostro de Europa Central y Oriental en 1989-90, nos tomaron a todos por sorpresa. En 1978 se le preguntó al fallecido Andrei Sakharov si veía cercano un futuro mejor. Luego de responder 'No, no hay esperanza', reflexionó un momento y añadió: 'Pero el topo de la historia está socavando terreno sin ser notado'.¹ Silenciosamente, desapercibido en la superficie, el topo de la historia está excavando, haciendo que la elaborada edificación, tan fuerte y estable en apariencia, se desplome casi de un día para otro. No es la primera vez ni será la última, en que ocurran grandes cambios provocados por las actividades subterráneas de aquel hombrecillo vestido de terciopelo negro, cuya presencia puede pasar desapercibida, pero cuyo persistente y silencioso trabajo abriendo túneles subterráneos, en cualquier momento puede socavar puntos de referencia tan fijos en el escenario contemporáneo, que asumimos su permanencia como un hecho.

Habrà observado usted Señor Vicerrector, que he escogido una metáfora subterránea en lugar de las metáforas subacuáticas, tan apreciadas en su época por mi distinguido predecesor, Hugh Trevor-Roper, cuyos impresionantes destellos de brillantez han hecho tanto a lo largo de los años por revelar tesoros de la historia sumidos en una profunda oscuridad por siglos de pedantería histórica. Pero esto no debe sorprender a mi predecesor.

¹ *New York Times*, marzo 8 de 1990 (Entrevista con Sergei A. Kovalev).

Desde mis lejanos años de estudiante de posgrado todavía escucho resonar en mis oídos las desconcertantes palabras, 'No confío en usted', pronunciadas con toda la severidad de un juez ante una ejecución, en el momento en que ya oscureciendo, precavidamente intentábamos atravesar un riachuelo crecido, en una rocosa montaña catalana. ¡Cuán acertada su severidad! Y sin embargo, a pesar de este resonante voto de desconfianza, hoy me encuentro ocupando la cátedra que él ejerció con gracia inimitable. Otra prueba más, como si se necesitara, de la apabullante imprevisibilidad de la vida.

Dicha imprevisibilidad referida a situaciones específicas, permanece como una constante de la existencia humana y, en mi opinión, muchos historiadores de nuestro siglo han subestimado la simple contingencia de los hechos, en su intento por explicar e interpretar el pasado. La *Histoire événementielle*, para utilizar la famosa fórmula de Fernand Braudel, es demasiado importante para ser relegada con desprecio a una sección de tercera. Pero con frecuencia nos dejamos coger desprevenidos debido a nuestro rechazo por aprender esas 'lecciones de la historia' que sirvieron de tema para la conferencia inaugural de mi predecesor hace diez años.

Una de esas lecciones es que existen ciertas fuerzas históricas inmensas que continúan haciendo irrupción con intervalos periódicos, desafiando las confiadas afirmaciones, según las cuales hace tiempo se extinguieron sin peligro. A medida que emergíamos de la Segunda Guerra Mundial hacia el mundo secularizado y supranacional de la posguerra, ¿cuántos de nosotros imaginamos por ejemplo, que las bases del mundo se verían resquebrajadas al cerrar el siglo veinte por las fuerzas gemelas del nacionalismo y el fundamentalismo religioso? Se asumió demasiado alegremente que el molesto problema del nacionalismo se había solucionado de una vez por todas, gracias al surgimiento de nuevos grupos supranacionales; y que seguramente una religión fundamentalista no podría existir expuesta a la fría luz de la ciencia moderna y la tecnología. ¡Cómo nos equivocamos con tales suposiciones! No obstante, sí la sociedad occidental hubiera tenido una mayor conciencia histórica, se hubiera sorprendido menos por el rumbo que tomaron los hechos. En la perspectiva de los siglos podemos ver con cuánta frecuencia y cuán vigorosamente se han afirmado las pasiones sectarias y el férreo sentido de identidad colectiva, que frecuentemente operan en cercana combinación cuando sus aspiraciones son ignoradas o menospreciadas. Después de todo, ¿el cosmopolitismo y el racionalismo del siglo dieciocho no fueron desafiados y desestabilizados por el nacionalismo y el resurgimiento religioso de los albores del siglo diecinueve?

Las sociedades que dan la espalda al pasado están destinadas a ser apuñaladas. Sorprendidas fuera de guardia, son lentas en responder; y cuando lo hacen, carecen del sentido histórico que le daría significado a su experiencia, y recaen en la memoria colectiva. Pero como esta memoria es corta e imperfecta, tiende apenas a producir algunas analogías superficiales, como la analogía de Munich. Sin embargo, los consabidos ejemplos tomados de la repisa de baratijas del pasado no sustituyen el pensamiento histórico, el tipo de pensamiento que busca colocar eventos temporales en una perspectiva de larga duración, y que busca una comprensión de las grandes tendencias de la historia, al mismo tiempo que reconoce las variables que hacen única cada situación. La relativa ausencia de dicho pensamiento hace de la sociedad Occidental actual, con todos sus achaques de nostalgia histórica, una sociedad altamente ahistórica, y me temo, cada vez más ahistórica.

Si como afirmaba mi predecesor, y como yo estoy convencido, los historiadores tienen obviamente una función social, considero que dicha función consiste primordialmente en disipar la disposición hacia el presente, comunicándole algo de esa forma alternativa de ver el mundo. Raras veces en verdad se pudo haber necesitado tanto de un sentido histórico más que ahora. Vemos disolverse a nuestro alrededor las viejas certezas; y si me permiten citar al conde-duque de Olivares, el estadista español del siglo diecisiete a quien he dedicado quizás demasiados años de mi vida, hay momentos en que parece que hemos perdido nuestro cuadrante y nuestra brújula.² Mientras enfrentamos los mares turbulentos, alcanzando a ver vagamente la orilla de un mundo recién emergido, conviene considerar el estado actual de nuestras herramientas historiográficas y ver cómo nos podrían servir de ayuda para la navegación.

Es un buen momento para tales consideraciones porque la historiografía, como el mundo a nuestro alrededor, actualmente se encuentra -y en parte por esta misma razón- en un estado de fluctuación. Muchos de los dogmas que impulsaron y orientaron la mayoría de los escritos históricos más influyentes en el último medio siglo, se encuentran ahora visiblemente desacreditados. La escuela de los *Annales*, esa fértil fuente de obras maestras históricas -o cercanas a la obra maestra-, perdió su predominio anterior y hoy atraviesa un estado de confusión. Las viejas fórmulas ya no satisfacen, en gran parte porque

²J.H. Elliot, *The Count-Duke of Olivares*, New Haven, Connecticut, 1986, p. 368. (*El conde - duque de Olivares*. Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1998)

han dejado de corresponder a nuestras formas de ver el mundo. ¿Qué tanto nos ayudan, por ejemplo, el triunfo de la revolución iraní o la resurgencia del nacionalismo moldavo, a entender las interpretaciones basadas en el dominio de las fuerzas económicas y sociales subyacentes?

Dichas interpretaciones informaron e inspiraron el trabajo elogiado como el escrito histórico más importante de nuestro tiempo, la obra de Braudel, *Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*. Creo que *El Mediterráneo* de Braudel siempre será leído –pero leído menos por sus explicaciones estructurales o por su influyente y, en mi opinión, mal interpretada organización tripartita, que por la majestuosa y vívida imaginación de su autor. He aquí a un historiador capaz de capturar un instante con una elocuente viñeta, como cuando ilustra los modestos comienzos de la dominación cultural francesa en Europa, refiriéndose al encanto de las damas de la corte española cuando la nueva reina francesa de Felipe II desempacó sus baúles al llegar a España.³

Sin embargo, en el trabajo de Braudel, así como en muchos de los trabajos alentados e inspirados por él, las generaciones venideras podrán sentirse afectadas por un reduccionismo que cuestiona las orgullosas pretensiones de la ‘historia total’. Siempre existirá un legítimo desacuerdo acerca del alcance de la iniciativa individual en los asuntos humanos, pero, ¿Felipe II sí fue tan prisionero de la geografía y de la economía como Braudel lo hace aparecer? Y si hemos de hablar de prisioneros, ¿no son los hombres y las mujeres tanto o más prisioneros de actitudes mentales heredadas que de una geografía inmóvil, de estructuras inmunes al cambio, y de profundas fuerzas sociales que ellos mismos no logran comprender?

Es precisamente en el área de conjunción entre aquellas circunstancias y estructuras aparentemente insolubles de un lado, y las decisiones humanas, ya sean individuales o colectivas de otro lado, que la historiografía tradicional al estilo de los *Annales* ha fallado más ostensiblemente. Si los pueblos y las regiones analizados por los historiadores de los *Annales* están habitados, lo están por *homo economicus* más que por *homo politicus*. Bien sea a nivel local o nacional buscamos en vano ese complejo de decisiones que define las preferencias y atestigua las operaciones y el ejercicio del poder.

³Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philippe II*, traducción inglesa de Siân Reynolds, New York 1972, p. 222 (*El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976).

Al más alto nivel, en los siglos dieciseis y diecisiete, períodos favoritos de los historiadores de los *Annales*, el poder en Europa fue reclamado y afirmado cada vez más por el Estado, un Estado que sin duda alguna expresó y reflejó los deseos de ciertas clases sociales, pero que también desarrolló prioridades particulares y una agenda propia. Reclamó lealtades, propició y buscó identificarse con aspiraciones nacionales; buscó, a la manera de la monarquía española de Felipe II, políticas extranjeras que lo envolvieron en devastadoras y costosas guerras. Dichas políticas no pueden ser explicadas simplemente en términos de un conjunto de imperativos económicos y sociales. Ni los movimientos globales de la economía, como aquéllos aducidos para explicar la llamada depresión europea del siglo diecisiete, pueden ser separados de las decisiones tomadas al más alto nivel en favor de la paz o de la guerra, decisiones que pudieron conducir a cambios importantes en la distribución de los recursos de la sociedad y que pudieron haber tenido profundas consecuencias para su economía y su bienestar.

No me cabe la menor duda que la dificultad para tratar adecuadamente esta dimensión pública de los asuntos, llegará a ser vista como la debilidad más grande de la historiografía de los *Annales*. En su comprensible reacción contra la llamada historiografía tradicional de comienzos del siglo, con su estrecha orientación y su aplastante énfasis diplomático, los historiadores de los *Annales* rechazaron o descartaron con desprecio el estudio de las políticas extranjeras, y de hecho todo el proceso de toma de decisiones en el poder. Pero el predominio de los asuntos extranjeros en muchas épocas y sociedades no es una invención Rankeana, y las políticas extranjeras no pueden excluirse en propiedad de ninguna forma de escritura de la historia que aspire a la totalidad.

Sin embargo, la revolución histórica de nuestro propio siglo hace imposible regresar a lo que ahora parece un tratamiento pasado de moda de los asuntos extranjeros. Donde éstos evidentemente adquieran prioridad sobre los asuntos domésticos, deberíamos analizar las razones para ello, reconstruyendo las consideraciones políticas y de prestigio que determinaron la toma de una decisión en favor de la guerra o de la paz. Cualquiera de estos análisis nos obligan a indagar más allá de los despachos diplomáticos y de las discusiones privadas, en un esfuerzo comprensivo por establecer las actitudes, las intenciones y las suposiciones de las elites gobernantes, bien sea las de Francia, las de España o las de las tierras de los Habsburgo en vísperas de la guerra de los Treinta Años, o las de Francia, Inglaterra y Alemania en 1914. Esto no

puede ser logrado de manera satisfactoria sin un estudio de los contextos educativos y de las creencias y los sistemas de valores de las sociedades de las cuales formaron parte. Un estudio de este tipo a su vez, evocará la pregunta de en qué medida compartieron un discurso europeo común y, en qué medida sus valores y suposiciones fueron moldeados por consideraciones y circunstancias más locales y nacionales. Los estadistas del siglo diecisiete, por ejemplo, hablaban el lenguaje de la *reputation*, pero, ¿en qué medida la *réputation* o la reputación poseía un tinte español o francés?

Si me he detenido demasiado en lo que considero las deficiencias del enfoque del pasado utilizado por los *Annales*, en parte lo he hecho porque mucho de lo que ocurre con la escritura histórica contemporánea no puede ser entendido sin tenerlas en cuenta. Existieron, por supuesto, grandes áreas, especialmente en la historia moderna y contemporánea, donde la historia inspirada por los *Annales* tuvo relativamente poca influencia. No obstante, en la medida en que ha sido el movimiento más influyente en la escritura histórica de nuestro tiempo, su fracaso para lograr la 'historia total' a la que aspiraba llevó, a su debido tiempo, a revivir el interés por aquellas áreas de la investigación histórica que ella misma había negado o descuidado. Evidentemente gran parte de las tendencias actuales en la escritura histórica, dentro y fuera del mundo de los propios *Annales*, se puede atribuir a una creciente conciencia de la estrecha mira de cierto tipo de historia al estilo de los *Annales*, a medida que esta última se convirtió en una ortodoxia más.

Destaco en particular dos tendencias en la escritura histórica actual como representativas de la era pos-*Annales* en la que nos encontramos. La primera de éstas, inspirada parcialmente en fuentes de la propia tradición de los *Annales* -sobretudo el legado de Lucien Febvre-, y en parte en el trabajo contemporáneo sobre antropología simbólica, es la tendencia que ha sido llamada historia de las *mentalités*. La obra *The Cheese and the Worms* (*El queso y los gusanos*) de Carlo Ginzburg, ese sorprendente recuento de las extrañas ideas de Menocchio, el heterodoxo molinero de Friuli en el siglo dieciseis, es un paradigma del tipo de trabajo que busca reconstruir cuidadosamente, con frecuencia a través de historias de caso, el universo mental de generaciones pasadas.⁴

⁴ *Il formaggio e i vermi*. Torino, 1976; traducción inglesa, Baltimore, 1980. (*El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik Editores, 1986).

La otra tendencia ha avanzado -con bastante auto-publicidad, hay que decirlo- izando una bandera que porta el orgulloso pero vacío slogan de 'revisiónismo'. Comprometidos con la historia política que tendía a ser descartada como simple historia superficial durante buena parte del período de posguerra, los revisionistas han buscado restaurar, a través de una narrativa detallada, muchas de las características tradicionales de la historiografía de vieja guardia, que las modas de mediados de siglo ha minimizado y despreciado, por ejemplo, una cronología detallada, los resultados del proceso político, el rol del individuo y del libre albedrío individual en la historia, y la pura contingencia de los acontecimientos, impulsados no por factores estructurales o por grandes fuerzas impersonales hacia un fin predeterminado, sino por la interacción accidental de personas y de hechos y por intenciones que fácilmente toman una dirección equivocada.

En mi opinión, ambas tendencias -la historia de las mentalidades y el nuevo revisionismo- representan un correctivo y, en varios sentidos, un correctivo valioso, a las suposiciones dominantes de la historiografía de mediados del siglo veinte. Es importante y bien aceptado que las ideas, intenciones y actitudes hubieran regresado al centro del escenario. Es igualmente importante y bien aceptado que se le hubiera reencontrado un lugar al individuo, distinguiéndolo de lo colectivo y de lo impersonal; a la contingencia y a la imprevisibilidad, distinguiéndolas de la predestinación; a la elección política distinguiéndola del imperativo económico. Es bien visto también, que las nuevas prioridades hayan llevado de nuevo a las viejas formas de escritura histórica, en particular a la biografía histórica y a la narrativa. Dicho renacimiento ha sido tema de comentarios recientes, aunque muchos de nosotros tengamos la impresión de haberla estado escribiendo todo el tiempo.

Ambos desarrollos historiográficos de las pasadas una o dos décadas, también dan lugar, o deberían dar lugar, a serias preocupaciones. Creo que la causa de preocupación en ambos casos es la misma y podría ser descrita como una tendencia progresiva a atomizar el pasado, tendencia a la que evidentemente la historia de los *Annales* estuvo inclinada. Una dificultad central con respecto a la historia de las *mentalités* tiene que ver con la pregunta por los casos típicos. Los archivos judiciales o inquisitoriales pueden ser usados con éxito para abrir ventanas en las almas individuales. Sin embargo, ¿cuánto pueden decirnos los universos privados revelados de esta forma acerca del universo mental de una sociedad o, aún, de una clase social? ¿En otras

palabras, el molinero de Fruili es representativo del mundo campesino de finales de siglo dieciseis en general, o del campesinado italiano en particular, o de los demás molineros de Fruili? Y ¿si este personaje, confuso pero fascinante, está en verdad hablando sólo por sí mismo, porqué consagrarle nuestro tiempo y atención, sino por el valor de la curiosidad de descubrir cómo un ser humano, más bien confuso, buscaba encontrarle un sentido a su mundo?

Se podría argumentar que ésta es una recompensa suficiente. Pero a medida que se repasan los archivos para ser comentados y que las historias de caso se multiplican, es difícil evitar la impresión de que estamos realmente sufriendo un severo ataque de voyerismo histórico. Seguramente algo está fallando, cuando el nombre de Martin Guerre se ha vuelto más conocido que el de Martín Lutero. A medida que la micro-historia conduce a la atomización del pasado, al mismo tiempo conduce fácilmente a su trivialización. Creo que un cargo semejante puede atribuirse a las consecuencias de la moda actual del revisionismo. A medida que los acontecimientos se suceden unos a otros incesantemente, todos adquirieren una importancia similar, o pierden importancia en forma similar, y el pasado, que alguna vez consistió en picos elevados y valles profundos, queda reducido a un monótono altiplano.

Sin embargo, todos sabemos, o deberíamos saber a partir de las experiencias de los dos últimos años, que los picos elevados aparecen periódicamente -1789, 1848, 1989- cuando el topo de la historia socava las fundaciones de tal manera que las fuerzas reprimidas bajo la superficie no pueden ser contenidas y la erupción resultante transforma el paisaje por millas a la redonda. Los historiadores más importantes de mediados del siglo veinte, con todo y sus carencias, lo sabían, así como antes de ellos lo sabían sus grandes predecesores del siglo diecinueve. Ellos no descuidaron los grandes eventos -los orígenes de la moderna civilización industrial y tecnológica, las causas y consecuencias de la guerra civil inglesa o de la revolución francesa-, si algunas de sus respuestas hoy nos parecen simplistas, por lo menos enfocaban problemas históricos grandes y complejos. La micro-historia no está, por naturaleza, mal equipada para contribuir a la solución de estos macro-problemas, pero los micro-historiadores que atomizan los grandes problemas fuera de su contexto, se condenan ellos mismos al eterno status de mini-historiadores.

La historiografía de mediados de este siglo alcanzó, en mi opinión, logros importantes que no deberían ser dejados de lado tan fácilmente. He hablado principalmente del trabajo de los historiadores franceses de la Escuela de los *Annales*, puesto que han sido tan dominantes en las áreas de mis propios intereses profesionales. Si he dirigido la atención a lo que considero algunos de sus fracasos, esto no me impide reconocer que lo mejor de su trabajo ha cambiado profundamente, de manera positiva, la forma como concebimos el pasado. Somos, o deberíamos ser, más y más conscientes de los profundos elementos de continuidad en la sociedad humana, de las posibilidades de un enfoque cuantitativo del pasado y de la cercana y compleja relación de la geografía con la historia, de lo que estábamos antes de que ellos emprendieran sus trabajos. Igualmente, debo señalar que por fuera de la Escuela de los *Annales*, la revolución historiográfica provocada por el trabajo prosopográfico de un Syme o un Namier, por los recientes y sorprendentes avances de la historia demográfica y, más recientemente, por la influencia renovadora de la antropología sobre la historia, a la cual los historiadores comienzan a retribuir en especie, resulta de gran beneficio para ambas disciplinas.

Pero, ¿cómo podemos aprovechar en mejor forma estos nuevos métodos y estas nuevas visiones y qué tipo de agenda histórica deberíamos estar considerando para el decenio de 1990 y los años posteriores? ¿Si, según creo, deberíamos estar considerando grandes problemas y asuntos históricos -si no fuera así, por qué tendríamos que ser escuchados?-, existe un área particular en la cual esta universidad y obviamente los historiadores británicos en general, puedan hacer una clara contribución? Creo que sí existe. Y, aunque no pretendo sugerir que esto representa necesariamente el mejor camino y por supuesto no el único, espero que esta expresión de mis anhelos y aspiraciones al menos suscite algunas ideas y discusión.

El próximo año, 1992, y no tengo necesidad de recordárselos, es el año en que veremos una integración más estrecha de la comunidad europea. Así como los políticos, los industriales y las profesiones se están preguntando ansiosamente cuál será la mejor manera de afrontar los desafíos y aprovechar las oportunidades que representa una nueva Europa unida, no estaría de más que nuestros historiadores se estuvieran haciendo las mismas preguntas, en términos de sus propios intereses investigativos y de la educación histórica que ofrecen actualmente.

Aquí me gustaría comenzar por afirmar mi convicción de que la historia británica debería mantener un lugar destacado y especial en nuestros planes de estudio académicos, tanto en el nivel pre-universitario como universitario. La nueva Europa no será un continente en el que valga la pena vivir si logra reducir a una identidad común amorfa la rica diversidad nacional y las identidades regionales que han sido fuente de la extraordinaria fuerza y creatividad del continente durante el último milenio. A menos que conservemos un sentido firme de nuestra propia identidad -y aquí incluyo las identidades escocesa, galesa e irlandesa, tanto como la inglesa- seguramente nos convertiremos en socios anónimos, en una civilización reducida a un conjunto sin sentido. El cuidado inteligente de este sentido de identidad requiere algún grado de conocimiento de los grandes eventos y desarrollos que moldearon la comunidad británica y que nos convirtieron en el pueblo que hoy somos.

El predominio de la historia británica ha sido debidamente reconocido en el reciente pénsun nacional de historia; y el predominio de la historia inglesa (aunque me temo no de la genuina historia británica), siempre ha sido, obviamente reconocido por la escuela de historia de Oxford. Sin embargo, la historia británica no necesita ser y no debería ser una historia insular. Nuestra historia nacional ha estado, durante siglos, íntimamente conectada con la historia de Europa y desde la creación de la escuela de historia de Oxford, muchos de los grandes historiadores, desde Stubbs hasta Trevor-Roper, han simpatizado con la constante interacción entre Gran Bretaña y el continente. Uno de ellos, sir Charles Firth, observó en la malograda conferencia inaugural cuando le fue asignada su cátedra: 'Aunque usted pretenda solamente relatar los hechos, para entender lo que pasó en Inglaterra debe mirar al otro lado del agua para ver lo que los hombres estaban haciendo en Francia y en Alemania'. También recordó a sus oyentes que Samuel Rawson Gardiner, quien dirigió la cátedra que una vez yo tuve en *King's College* de Londres, y quien en 1894 rechazó la invitación para asumir la cátedra que hoy tengo el honor de ocupar, aduciendo que ésta interferiría con la terminación de su magistral historia acerca de los inicios de la época de los Estuardo en Inglaterra, 'se entregó más enteramente al estudio de un período de lo que jamás lo haya hecho ningún otro historiador inglés, y aún así, resulta el menos insular de los historiadores ingleses'.⁵

⁵C. H. Firth, *A Plea for the Historical Teaching of History*, Conferencia inaugural presentada el 9 de noviembre de 1904 en Oxford, pp. 12-13.

Durante mucho tiempo una de las grandes fuentes de fortaleza de la escuela de historia de Oxford ha radicado en que, a pesar del predominio tradicional de la historia inglesa en sus p nsumes y publicaciones, ello no ha impedido que muchos de sus miembros rechacen la insularidad y desarrollen un fuerte interés secundario en uno u otro aspecto de la historia continental. Más aún, a pesar de que soy el primer responsable de la cátedra *Regius* cuyas publicaciones se refieren a un campo diferente al de la historia británica, nuestra escuela siempre ha contado con historiadores europeos sobresalientes, desde Edward Armstrong, historiador del emperador Carlos V y de la Francia del siglo dieciseis, hasta Richard Cobb y sir Raymond Carr, cuyas sombras irreverentes desde su prolífico retiro todavía nos hacen reir de nuestros lamentables errores.

Sin embargo, con el año 1992 tan cercano, me pregunto si esto es suficiente. Considerando el futuro inmediato y a largo plazo, me preocupa que no tengamos más historiadores en la facultad cuya principal especialización sea la historia de un país diferente al propio. También me preocupa que la estructura de nuestros programas académicos facilite tanto a nuestros estudiantes terminar su carrera con un conocimiento tan estrecho y cronológicamente tan limitado de la historia europea continental. Finalmente me preocupa, como a todos nos debería preocupar, su incapacidad para leer trabajos históricos en una lengua diferente al inglés y su falta de entusiasmo para escoger temas que exijan el estudio de textos escritos en lenguas extranjeras.

Las lenguas extranjeras y el tipo de equilibrio que se debe alcanzar entre la historia británica y la historia continental en nuestros p nsumes y en nuestras tutorías, son temas que han comprometido y continuarán comprometiendo nuestra atención como facultad, pero éste no es el momento ni el lugar para discutir dichos temas en detalle. Pienso que existen formas en las que, sin sacrificar nuestro interés central en la historia británica, podríamos como facultad, así como en el nivel nacional, hacer algo para contrarrestar los peligros del provincialismo histórico, y más aún, que lo podríamos hacer aprovechando nuestras propias fortalezas.

Para apreciar cómo podría lograrse esto, miremos el amplio cuadro historiográfico que pretendí trazar a grandes pinceladas al comienzo de esta conferencia. Cuando los historiadores de las generaciones futuras miren hacia

atrás, como lo he hecho yo rápidamente, hacia los logros y las carencias historiográficas del siglo veinte, creo que se podrán sorprender por el embarazoso silencio que se ha apoderado de un tema que fuera fuente de enorme interés histórico desde la época de David Hume y de uno de los más prestigiosos profesores que han regentado esta cátedra, James Anthony Froude, de quien la *Encyclopaedia Britannica* comentó que 'a excepción de unos pocos hombres de Oxford, quienes consideraban que la erudición histórica debería ser cualidad necesaria para ejercer el cargo, su nombramiento fue de aceptación general'. El tema ausente es el del carácter nacional.

Sospecho que el carácter nacional se vió desacreditado como tema de las investigaciones históricas serias, en parte porque se prestaba tan fácilmente a ese tipo de nacionalismo providencialista sobre el cual los escritos de Froude, con toda su encomiable preocupación por presentar el lado español de la historia, contienen un testimonio tan elocuente, y en parte porque las características nacionales, especialmente cuando se mantienen como si fueran piedras sepulcrales, fracasaron en encontrar un criterio histórico riguroso como herramienta explicativa. Por ejemplo, una interpretación de la revuelta holandesa que hubiera recurrido a la 'obstinación y a la constancia holandesas', en contraste con la 'susceptibilidad y la acción flamenca', para explicar los contrastes en las fortunas de las provincias del norte y del sur,⁶ probablemente no provocaría ningún grado permanente de satisfacción intelectual.

El estudio del carácter nacional como lo entendían algunos de nuestros historiadores del siglo diecinueve, es un asunto tan muerto -y con justa razón- como las medidas y el estudio del cráneo humano por sus colegas antropólogos. A medida que recorremos los últimos años del siglo veinte avanzamos hacia la formación de nuevas estructuras supranacionales, al mismo tiempo que redescubrimos la resistencia y la capacidad de supervivencia de pequeños grupos nacionales y étnicos, dentro y fuera de las fronteras de los Estados modernos, el Estado-nación decimonónico que personificaba un espíritu nacional y unas características nacionales, no nos parece, como a las generaciones anteriores, la culminación lógica y necesaria de mil años de historia europea.

⁶H. T. Colenbrander, citado por Pieter Geyl, *History of the Low Countries*, Londres, 1964, p. 21.

El enfoque teleológico del estudio del pasado mediante el cual se asumió que todos los caminos conducían a una Europa de Estados-nación centralizados y poderosos, representó una respuesta decimonónica, a unos desarrollos decimonónicos. Como tal, en cualquier caso, siempre implicó serias deformaciones históricas. Si bien Prusia hubiera tomado el liderazgo para la creación del *Reich* alemán, ésta no era razón suficiente para prestar más atención a la historia de los territorios prusianos que a aquellos de Baviera en las condiciones tan diferentes del siglo dieciseis y de comienzos del diecisiete, cuando los duques Wittelsbach de Baviera eran actores mucho más significativos en el escenario europeo que los Hohenzollerns de la Prusia brandenbúrguesa.

Hoy, con Estados fronterizos cada vez más permeables y con un Estado entregando parte de su soberanía a organizaciones internacionales y supranacionales, nos sentimos menos impresionados que nuestros antepasados con los valores y las virtudes de los poderosos Estados-nación. En cambio, dirigimos nuestra mirada, con un nuevo interés, hacia estructuras supranacionales previamente desacreditadas como la antigua monarquía de los Habsburgo, y estamos adquiriendo una nueva apreciación de la importancia de las identidades locales y regionales.

Se puede esperar que la escritura histórica refleje y responda a estos grandes cambios que están teniendo lugar a nuestro alrededor. Evidentemente, este proceso ya está ocurriendo a medida que los historiadores enfocan su atención en las comunidades locales, o buscan trazar patrones regionales a diferencia de los nacionales, en las colonias europeas de ultramar.⁷ Estos cambios no deberían conducirnos a abandonar el estudio de la historia nacional, sino que deberían motivarnos a reflexionar sobre ésta en forma novedosa y a considerar los mecanismos por medio de los cuales los Estados-nación buscaron trascender unas lealtades locales en su esfuerzo por fomentar la devoción a sí mismos. Aquí, como en cualquier otro lugar, podemos utilizar la perspicacia y las habilidades de los antropólogos para reconstruir el sistema de símbolos y de significados de una comunidad nacional, y examinar las formas en las que su sistema cultural fue utilizado para moldear su

⁷ Cf. David Hackett Fischer, *Albion's Seed*, Oxford, 1989.

comportamiento social y sus modelos de repuesta. Este proceso de reconstrucción implica el uso de todo tipo de evidencias, no solamente literarias, sino también visuales. Edificios, pinturas, estatuas -la repetición de la arquitectura española oficial, más recientemente bajo el general Franco, de motivos del Escorial, la torre puntiaguda con techo de lajas de pizarra,⁸ la selección de temas para ser representados por los pintores de asuntos históricos europeos del siglo diecinueve, como aquellos comisionados para la Galería de las Batallas de Luis Felipe en Versalles,⁹ la utilización de los símbolos nacionales, de una *Marianne* o de una *Britannia*-,¹⁰ todos ellos proveen claves para entender las formas cómo una nación se percibe a sí misma y percibe su pasado.

Siguiendo tales pistas, en los últimos años hemos llegado a una comprensión más aguda de cómo una comunidad se 'imagina' a sí misma en relación con otras comunidades, y cómo define o redefine su imagen -y modifica sus hábitos y su comportamiento- en respuesta al adversario del momento, y a la percepción que otros tienen de ella.¹¹ Un ejemplo de este proceso es la forma cómo, a medida que la Europa del siglo dieciseis construyó su imagen de España en términos de una Leyenda Negra, tejida a partir de las atroces historias sobre la intolerancia de los españoles y su crueldad hacia los pueblos bajo su dominio, España contrarrestó esta imagen desarrollando una Leyenda Rosa sobre sí misma, la cual ha ejercido una gran influencia en la formación de las actitudes españolas hacia el mundo exterior. Para promover esta Leyenda Rosa, Felipe II reemplazó intencionalmente la palabra 'conquista' en las órdenes alusivas a las iniciativas españolas en América, con la palabra más eufemista de 'pacificación'.¹²

⁸ Jonathan Brown and J. H. Elliott, *A Palace for a King: The Buen Retiro and the Court of Philip IV*. New Haven, Connecticut, 1980, p. 84.

⁹ Ver, Thomas W. Gaetgens, *Versailles: De la résidence royale au musée historique*. Paris, 1984.

¹⁰ Maurice Agulhon, *Marianne au combat*, Paris, 1979; traducción inglesa *Marianne into Battle*. Cambridge, 1981.

¹¹ Ver especialmente, Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Londres, 1983; Peter Sahlins, *Boundaries: The Making of France and Spain in the Pyrenees*, Berkeley, California, 1989; Nicholas Canny y Anthony Pagden (eds.), *Colonial Identity in the Atlantic World, 1500-1800*, Princeton, NJ, 1987.

¹² 'Ordenanzas de Su Magestad hechas para los nuevos descubrimientos, conquistas y pacificaciones' (1573), *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones de América y Oceanía*. xvi, Madrid, 1871, p. 152.

Nuestro interés actual en asuntos de imagen y de identidad, aún con lo problemática que pueda ser la noción de identidad, ha dado como resultado un enfoque más fluido de lo que alguna vez se describió como carácter nacional. Sin embargo, es difícil evitar la impresión de que algo de la vieja y descartada actitud todavía persiste cuando los historiadores se vuelven hacia el estudio de su propio pasado nacional. Como historiador de España, desde hace tiempo me ha impresionado el grado en el que, hasta años muy recientes, los historiadores españoles tendían de manera arrolladora a interpretar su historia nacional en términos de excepción. Viendo la historia de los tres últimos siglos como una historia de fracasos y decadencias, buscaron explicaciones al fracaso en circunstancias históricas supuestamente únicas, que a su vez dieron lugar a un conjunto de características nacionales particulares. Como extranjero, llegando a la historia de los albores de la España moderna con algún conocimiento de mi propia historia nacional y de la de otras sociedades de Europa Occidental, con frecuencia me sentí sorprendido por el grado en que, al examinarlo, este fenómeno fue asumido por los historiadores nativos como exclusivamente español. La preocupación por el honor y el estatus, por ejemplo, puede ser hallado en otras sociedades europeas contemporáneas. Esto a su vez crea interrogantes acerca de la interpretación en términos excepcionales del pasado español y del grado en el que las explicaciones puramente internas suministraron respuestas satisfactorias a los problemas planteados por la trayectoria de la historia española.

La calificación de excepcional, sin embargo, no se limita a los historiadores españoles, aunque se pudo haber asumido con más intensidad en España como fruto de prolongados períodos de relativo aislamiento cultural. También se encuentra en el último trabajo de Braudel, cuyo título revelador es *The Identity of France (La identidad de Francia)*, y en la concepción del destino manifiesto que ha inspirado a tantos escritos sobre la historia de los Estados Unidos. También está latente, a veces en forma visible, en muchos textos sobre historia inglesa escritos por historiadores ingleses, bien sea que estén interesados en el desarrollo de las instituciones parlamentarias, en la guerra civil, o en los orígenes de la revolución industrial. En otras palabras, cada uno de nosotros ve su historia nacional como única, y partiendo de este punto de vista, tiende instintivamente a interpretarla en términos excepcionales.

Aunque es verdad que la historia de cada sociedad es única, el interés especial de los historiadores debería estar orientado hacia la naturaleza particular y hacia la extensión de tal unicidad. Braudel le dedica toda una sección

en *The Identity of France* a ilustrar la verdad de la máxima de Lucien Febvre: 'El nombre de Francia es diversidad'.¹³ Pero también se podría argumentar en contra, que igual lo es el nombre de España, o aún el del Reino Unido. La diversidad, sin duda una clave para gran parte de la experiencia histórica francesa, difícilmente puede considerarse una característica peculiarmente francesa, y el carácter especial que ésta pueda haber o no tenido, sólo puede ser determinado en relación con otras sociedades. En otras palabras, se necesita algún elemento de comparación.

Marc Bloch, uno de los fundadores de la escuela de los *Annales*, publicó en 1925 un elocuente artículo pidiendo un estudio comparativo de la historia de las sociedades europeas.¹⁴ En lo que se refiere a los historiadores, este llamado que data de hace 65 años, en gran medida cayó en oídos sordos. Y es sorprendente encontrar a Braudel en su último trabajo reclamando todavía una 'historia comparada, una historia que busque comparar las semejanzas, la condición necesaria de toda ciencia social si se pretende decir la verdad'.¹⁵ Su compromiso con las ciencias sociales fue lo que llevó a un Marc Bloch o a un Otto Hintze a explorar las posibilidades de la historia comparada.¹⁶ Sin embargo, la comparación sistemática a gran escala, bien sea de instituciones o sociedades, ha permanecido en general como un terreno de los politólogos y de los sociólogos, más que de los historiadores. Éstos, sorprendidos ante la osadía y la ambición de sus colegas sociólogos, han sido escépticos en lo que se refiere a las iniciativas comparadas que parecen, muchas veces, borrar las diferencias e ignorar el detalle en favor de la construcción de algún modelo sociológico capaz de abarcarlo todo.¹⁷

¹³ Fernand Braudel, *The Identity of France*, la traducción al inglés es de Siân Reynolds, Londres, 1988, p. 38 ('Que la France se nomme diversité'), (*La identidad de Francia*, 3 tomos, Barcelona, Gedisa Editorial, 1993).

¹⁴ 'Pour une histoire comparée des sociétés européennes', *Revue de synthèse historique*, 46 (1925), pp. 15-50. ('A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas', en Marc Bloch, *Historia e historiadores*, Madrid, Ediciones Akal S.A., 1999).

¹⁵ Braudel, *Identity of France*, p. 21.

¹⁶ Para Otto Hintze ver la introducción de Felix Gilbert a su obra *The Historical Essays of Otto Hintze*, Oxford, 1975.

¹⁷ Ver George M. Frederickson, 'Comparative history', in Michael Kammen (ed.), *The Past Before Us*, Ithaca, N.Y., 1980, ch. 19, para una discusión reciente sobre los problemas de la historia comparada.

La historia comparada, como cualquier tipo de historia que valga la pena, lleva consigo riesgos y dificultades obvias. 'Una historia que busque comparar lo semejante con lo semejante', en palabras de Braudel, plantea la extraña pregunta sobre lo que constituye 'lo semejante'. Gran Bretaña es más parecida a Francia que a Bali, pero, ¿es lo suficientemente parecida? ¿Deberíamos confinar nuestras comparaciones a sociedades que a grandes rasgos compartan un mismo marco geográfico o temporal -por ejemplo, las sociedades de la Europa Occidental en el siglo diecisiete-, o podemos de manera fructífera extender la comparación a través de los siglos para observar diferentes sociedades en momentos en que se puede considerar que a grandes rasgos alcanzaron etapas de desarrollo similar: la Roma imperial, la España imperial, la Gran Bretaña imperial? Seguramente esto depende del tipo de preguntas que queramos responder. Finalmente, ¿qué grado de confianza puede tener una comparación, cuando en ella intervienen tantas variables, y cuando - como siempre ocurre- existen grandes disparidades en cuanto a la información disponible acerca de las unidades de comparación?

Problemas como éstos, enormes sin duda, no le restan en mi opinión importancia a las oportunidades y posibilidades inherentes al ejercicio comparativo; y agradezco que los miembros de mi facultad claramente compartieran esta visión cuando incluyeron un trabajo obligatorio sobre la historia comparada en el p^éns^um renovado y corregido de la Honorable Escuela de Historia Moderna. Creo que podríamos ir un poco más allá en lo que se refiere a la promoción del pensamiento comparativo multicultural en nuestros p^éns^umes de pregrado, por ejemplo previendo el estudio de un período o un tema de la historia británica en forma paralela con un período o tema comparable de la historia continental. Esto ofrecería un marco de referencia más amplio para situar los desarrollos sociales, institucionales y políticos de la Gran Bretaña.

Sería saludable, por ejemplo, si aquéllos que estudian la Inglaterra de los Tudor recordaran que Enrique VIII no fue el único gobernante del siglo dieciseis que disolvió los monasterios, o que el ocaso parcial del oficio del Lord Canciller que siguió a la muerte del Cardenal Wolsey, y el ascenso en importancia del secretario Cromwell tuvieron su paralelo continental cuando el emperador Carlos V, a raíz de la muerte de Gattinara en 1530, se opuso al

nombramiento de un nuevo Canciller Imperial e incrementó los poderes de su secretario Francisco de los Cobos, para llenar el vacío dejado por el canciller.¹⁸ ¿Coincidencia o imitación? ¿O sería más bien que a ambos lados del Canal, los requisitos en boga para gobernar mediante los nuevos trámites escritos propiciaron la concentración del poder en manos de un nuevo tipo de hombres, los secretarios reales, quienes gozaban simultáneamente de la confianza del príncipe y del manejo del papeleo, volviendo su oficio indispensable para que la máquina administrativa funcionara con fluidez? Quizás no podamos contestar a esta pregunta de manera precisa, pero el sólo hecho de plantearla puede ayudar a quitarnos de encima nuestra cómoda pero limitante insularidad.

A nivel profesional, las posibilidades de comparación esperan todavía una exploración sistemática, aunque varios intentos pioneros, como el estudio comparativo de los parlamentos europeos y de las asambleas representativas, de la esclavitud en los mundos británico e ibérico,¹⁹ sugieren algo de lo que se podría lograr. Cuando menos, una comparación histórica consistente nos permite probar una hipótesis -por ejemplo, que los esclavos negros se vendían mejor en la América ibérica que en la América británica.²⁰ Esto a su vez puede ayudarnos a identificar nuevos problemas históricos, tales como por qué los pueblos ibéricos pudieron haber sido más liberales en sus actitudes frente a la manumisión.

Más aún, un enfoque comparado nos obliga sobre todo a reconsiderar nuestros supuestos sobre la peculiaridad de nuestra propia experiencia histórica. Un intento sistemático de situar aspectos de nuestra historia nacional en un contexto europeo más amplio, probablemente mostrará que algunos elementos o episodios que tendemos a mirar como particularmente británicos resultarán al analizarlos en detalle, con afinidades continentales muy cercanas. Nuestra visión sobre los orígenes y el carácter de la guerra civil inglesa por ejemplo, está siendo modificada pues ahora nos damos cuenta de que la

¹⁸Cf. John M. Headley, *The Emperor and his Chancellor*, Cambridge, 1983, pp. 15-16.

¹⁹Frank Tannenbaum, *Slave and Citizen: The Negro in the Americas*, New York, 1946.

²⁰Para el caso de la Historia comparada como medio de verificación de hipótesis, ver William H. Sewell, 'Marc Bloch and the logic of Comparative History', *History and Theory*, 6, 1967, pp. 208-218.

Gran Bretaña de Jacobo I y de Carlos I se parecía a la España de Felipe IV, siendo ambas unas monarquías integradas por múltiples reinos.²¹ Las monarquías compuestas, por su naturaleza, tienden a plantear cierto tipo de problemas constitucionales y administrativos similares, como aquéllos derivados del ausentismo de la realeza, que, o no existiría o sería menos grave, en Estados más estrechamente integrados

La apreciación de tan amplias similitudes puede ayudarnos a deshacer las barreras derivadas de la tendencia innata en todos nosotros a adoptar una interpretación en términos excepcionales de nuestro pasado nacional. Pero en mi opinión -y aquí se revelan los prejuicios de mi entrenamiento como historiador profesional-, el valor de la historia comparada reside, en última instancia, no tanto en descubrir semejanzas como en identificar diferencias. Las comparaciones detalladas nos obligan a ir más allá de las semejanzas -con frecuencia tan sugestivas- y a aislar aquellos elementos que aparentemente no tienen paralelo en otras instancias. Este ejercicio, si se realiza adecuadamente, puede ayudarnos a restaurar en la agenda histórica el rol de las formas de identidad nacionales o locales en la determinación de los comportamientos políticos y sociales en una situación particular.

Al pensar y enseñar nuestra historia en un contexto europeo comparado, nosotros como historiadores británicos, logramos una apreciación más aguda de algunos de los rasgos distintivos de nuestra propia sociedad y su desarrollo histórico. ¿Nuestra sociedad, por ejemplo, es una sociedad que ha demostrado en siglos recientes esa notable capacidad para el consenso político que solemos elogiar? ¿O ha sido más bien, como lo sugirió uno de mis colegas de la facultad, una sociedad caracterizada, desde las luchas del siglo diecisiete, por 'el instinto de polarización?'²²

Dicho enunciado en sí mismo sugiere una comparación implícita, como tantos otros enunciados históricos. Pero la comparación exige ser explicitada por medio de un examen consciente y en contraste con ejemplos continentales.

²¹Cf. Conrad Russell, *The Causes of the English Civil War*, Oxford, 1990, cap. 2.

²²Blair Worden, 'Revising the Revolution', *New York Review of Books*, enero 17, 1991, p. 38.

Una comparación detallada de este tipo profundizaría la comprensión de nuestro propio desarrollo como una comunidad particular, que comparte ciertas características con nuestros vecinos continentales, al mismo tiempo que genera compromisos políticos o sociales que han llegado a ser considerados como la quintaesencia británica. También permitiría, si contemplamos el futuro de la comunidad europea, agudizar nuestra percepción sobre lo que podríamos contribuir y recibir de manera útil, de una Europa compuesta por numerosas comunidades particulares, muchas de las cuales, no todas, han evolucionado hasta llegar a convertirse en Estados-nación. Una Europa que ha permanecido en constante proceso de formación y reforma a través de los siglos y cuya historia está lejos de haber concluido.

No obstante, si, como lo espero, los historiadores británicos, y más aún los historiadores de Oxford, podemos celebrar en propiedad 1992 al intentar situar conscientemente nuestro trabajo cada vez que sea posible en un contexto europeo comparado, no quisiera ver nuestro interés estrechamente limitado a Europa, ni siquiera a una Europa extendida hasta los Urales. Al trabajar sobre España con frecuencia debo evocar las similitudes entre la experiencia histórica británica y la española. Ambos son poderes ex-imperiales viviendo al margen de Europa y parcialmente volcados hacia una América donde hemos buscado crear nuevos mundos a nuestra imagen y semejanza. Es importante, a medida que nos redefinimos en términos europeos, que no le demos la espalda a estas extensiones históricas de nosotros mismos.

El año de 1992 verá también la celebración de otro acontecimiento, el quinto centenario del desembarco de Colón en América. El quinto centenario de Colón, que simboliza el comienzo del tan esperado, y en muchos aspectos trágico, encuentro del mundo europeo con el mundo extra-europeo, debería servirnos para recordar, como si fuera necesario, que Europa no ha sido un continente confinado en sí mismo. Los grandes siglos de la expansión europea en ultramar, con todos sus efectos transformadores en Europa y en el mundo, son, o deberían ser, una parte integral de la historia europea; y aquí también, tal como yo lo veo, los historiadores británicos tenemos que jugar un papel crítico.

Una vez más, es la dimensión comparativa la que en el estado actual de nuestro conocimiento, merece ser explorada. La colonización de América, inicialmente por los españoles y los portugueses, después por los ingleses,

los franceses y los holandeses, y más tarde por las oleadas de emigrantes de otras partes de Europa, le abre posibilidades a una historia comparada que apenas estamos empezando a dilucidar. Estas posibilidades incluyen obviamente, el estudio de las actitudes contrastantes adoptadas por diferentes pueblos europeos hacia los pueblos indígenas de América, a quienes combatieron, masacraron y sometieron. Sin embargo, se extienden más allá para incluir métodos peculiares de colonización y los distintos tipos de sociedades que los conquistadores y los emigrantes pretendieron construir para ellos en las lejanas costas del Atlántico.

En cierta medida, estas nuevas sociedades fueron moldeadas por el nuevo medio ambiente al cual fueron transportados los colonos. Pero, como nos lo recuerda David Hume en el ensayo en el cual desafía las explicaciones ambientalistas del carácter nacional, también fueron moldeadas por las costumbres, las aspiraciones y los valores propios de la madre patria en el momento de la colonización. 'El mismo conjunto de modales', escribe Hume, 'seguirá a una nación y se adherirá a ella por todo el globo, así como las mismas leyes y la misma lengua. Las colonias españolas, inglesas, francesas y holandesas, todas pueden distinguirse entre sí, aún en medio del trópico'.²³

La exportación a ultramar de modelos culturales y de comportamiento es más compleja y selectiva de lo que las palabras de Hume pueden llevarnos a pensar. Pero en la medida en que las colonias tienden a expresar y preservar las costumbres y valores metropolitanos en forma destilada y con frecuencia enrarecida, un estudio comparado de las sociedades coloniales ofrece otra forma, potencialmente prometedora, de enfocar la pregunta acerca de las particularidades de las identidades colectivas y de la formación de identidad. ¿Acaso los colonos británicos y españoles, por ejemplo, abordaron la empresa colonizadora de manera diferentes? Y si así lo hicieron, ¿en qué medida sus diferentes enfoques reflejaron diferentes prioridades y valores propios de las sociedades de las que provenían? ¿En qué medida los Estados Unidos y los países de la moderna América Latina todavía personifican esos valores, tal como les fueron transmitidos a través de los arreglos sociales e institucionales heredados del período colonial? ¿Cuáles valores metropolitanos fueron

²³David Hume, 'Of National Characters', *Essays: Moral, Political and Literary*, Oxford, 1963, p. 210.

idealizados y cuáles rechazados a medida que las sociedades coloniales de Norte y Sur América se esforzaron por establecer identidades colectivas propias?

A partir de mis propios intentos por explorar tales preguntas en un amplio contexto comparativo colonial, soy penosamente consciente de las dificultades técnicas derivadas de un trabajo de esta naturaleza. También me doy cuenta del peligro de ser acusado de inconsistencia cuando después de pedir que pasemos de una historia nacional hacia una historia comparada, lo hago para retroceder al reino de la historia y la cultura nacionales. Pero mi esperanza es que en conjunto el ejercicio comparativo señale nuevos interrogantes que nos permitan explorar con mayor refinamiento la forma como las culturas nacionales, regionales y locales se construyen, reconstruyen y se transmiten respondiendo a los desafíos que les toca enfrentar.

Aún si este ejercicio comparativo sólo logra abolir con éxito algunos estereotipos y plantear nuevos problemas históricos, no habría sido completamente en vano. La permanente reflexión es, después de todo, el eje de todo avance histórico. Y en este punto específicamente me gustaría ver a esta universidad llevando la delantera. En una época en la que tantas instituciones británicas de educación superior están reorientando sus esfuerzos de manera acertada en dirección a Europa, creo que tenemos la capacidad y los recursos intelectuales para trabajar de manera aún más amplia, al incluir esa dimensión extra-europea a la que he hecho mención. Con una enorme y fuerte base en nuestra propia historia nacional, con nuestros dinámicos intereses europeos y con nuestras cátedras en historia de la Confederación de Naciones (Commonwealth), de América Latina y más recientemente de Irlanda, que ofrecen verdaderas posibilidades de renovación y expansión, considero que un Centro de Estudios Atlánticos, que incluya a Europa y a las Américas, concebido particularmente, más no exclusivamente, con posibilidades comparativas, nos ayudaría a enfocar y a reforzar nuestra iniciativa intelectual.

Un centro tal como lo imagino, podría ser un foco de atracción para los estudiantes de posgrado de la Europa continental, que probablemente nos estarán solicitando admisión en números crecientes durante los próximos años. El hecho de reunir estudiantes que trabajen sobre historia y civilización continental, británica y americana, podría ampliar mucho nuestros horizontes

y motivar el tipo de enfoque comparado que yo vería como integral en esta iniciativa. Y aquí, específicamente, esperaría también que sirviera como centro de atención para las facultades de humanidades de esta universidad, ofreciendo oportunidades para intercambios interdisciplinarios en un momento en que muchas de las barreras tradicionales entre las disciplinas a simple vista se están desmoronando.

Bien sea que esta idea se acepte o no, y bien sea, como me gustaría pensar, que resultara atractiva para otras facultades, por lo menos espero que mi súplica por un enfoque comparado más amplio no pase desapercibida. Es una de las paradojas del momento, cuando nos estamos preparando como nación para nuestro ingreso a Europa, que estemos en peligro de sucumbir ante un provincialismo paralizante. De todos los momentos, éste es precisamente aquel en que deberíamos estar ampliando, no estrechando, nuestros horizontes. Como una facultad de grandes tradiciones y de elevado nivel profesional, podemos hacer una contribución importante y destacada a esta iniciativa nacional. De igual forma podría hacerlo la comunidad histórica británica en general. Sin embargo, si no estamos a la altura de los nuevos desafíos, existe la posibilidad de que, en palabras de Horace Walpole, 'nos desmoronemos lentamente en nuestra insignificante insularidad'.²⁴ Señor Vicerrector, podemos y debemos hacer más que eso.

²⁴ Citado por Julian P. Boyd, *Anglo-American Union: Joseph Galloway's Plans to serve the British Empire, 1774-1788*. Filadelfia, 1941, p. 7.